

Normalmente no me concentro en la primera lectura como la base para la homilía. Hoy, sin embargo, estoy usando las palabras del profeta Isaías porque creo que su visión es especialmente instructiva y perspicaz. El libro de Isaías es un recurso rico. Es con razón que Jesús y los libros del Evangelio citan extensamente de Isaías. Isaías, capítulo 6, es un relato de la visión del hombre, Isaías, durante el cual él reconoce su pecaminosidad y la pecaminosidad de su gente, es limpiado de su pecado, y es llamado a ser un profeta.

En la visión de Isaías, él ve a Dios mismo en el trono celestial. Del libro de Éxodo en el Antiguo Testamento reconocemos que el trono celestial es el verdadero arca, una copia del cual fue colocado en el Tabernáculo cuando Moisés estaba llevando a los Israelitas fuera de la esclavitud en Egipto y, luego, en la terminación del templo, fue colocado dentro de la habitación del templo. Ya que el arco fue creído a ser una copia del trono divino, el arca mismo fue considerado como santo, una manifestación única de la presencia de Dios en la tierra. Físicamente, el arca fue un baúl de madera cubierto con oro. En su tapa era un asiento, llamado «el propiciatorio»—considerado como el trono de Dios en la tierra—y sobre el asiento eran dos querubines de oro, los ángeles que son segundo a los serafines en su cercanía a Dios. Sólo una vez cada año en el Día de la Expiación podría el sumo sacerdote entrar en la habitación en la cual el arco fue colocado.

En su visión, Isaías ve a Dios mismo, no sentado en la copia terrenal, sino en el trono celestial. En lugar de querubines, ve serafines, aquellos ángeles más cercanos a Dios, que estaban cantando en alaba de Dios. El templo celestial es llenado con humo, un signo o símbolo de la presencia de Dios, de la misma manera que su copia, el tabernáculo, fue llenado cuando fue finalizado durante el éxodo.

En la presencia de Dios Isaías reconoce su pecaminosidad y la pecaminosidad de su gente. Este reconocimiento, como el reconocimiento de Pedro en el Evangelio, es obviamente arrepentimiento también porque los serafines purifican a Isaías de su pecado. Cuando purificado, él oye el llamado de Dios y responde, «Aquí estoy».

Estas palabras son verdaderamente significativas. Estas palabras son la respuesta de Abrahán cuando Dios le llamó en el Monte Moría y le mostró el carnero que Abrahán debía sacrificar en lugar de su hijo. Fueron la respuesta cuando Dios llamó a Moisés de la zarza ardiente. Estas fueron las palabras de Samuel cuando Dios vino al muchacho durante la noche. Fueron las palabras de Ananías cuando Dios lo llamó para bautizar al infame Saúl de Tarso, que había intentado encarcelar o matar a los cristianos, el hombre que, después de su conversión, se hizo en san Pablo. En resumen, ésta es la respuesta de aquellos abiertos a cualquier cosa que Dios los llama a ser o a hacer.

Y, de hecho, Dios hace su presencia conocida a cada uno de nosotros. No hay ninguna fórmula; sólo hay la manera única que cada uno de nosotros puede reconocer la presencia de Dios. Cada uno de nosotros es único y cada uno de nosotros tiene dones que son únicos a nosotros. Además, cada uno de nosotros tiene un lugar especial en el plan de Dios. Hace tres semanas, en nuestra segunda lectura, escuchamos a las palabras de San Pablo a la iglesia de corinto:

## Homilía del 10 de febrero del 2019

Hay diferentes dones espirituales, pero el Espíritu es el mismo. Hay diversos ministerios, pero el Señor es el mismo. Hay diversidad de obras, pero es el mismo Dios quien obra todo en todos. La manifestación del Espíritu que a cada uno se le da es para provecho común. . . . Y todo esto es obra del mismo y único Espíritu, que da a cada uno como quiere (I Corintios 12:4-7, 11).

Ninguno de nosotros puede decir que nos dejaron fuera. Con respecto a mí, yo oré por cinco años o más que Dios me mostraría lo que quería que yo hiciera. Como muchos de ustedes saben, crecí en Mississippi rural. Ninguno de mis padres terminó la escuela secundaria. En mi familia, sólo una tía y mi hermana, que es cinco años mayor que yo, se habían graduado de la escuela secundaria, y como un estudiante de la escuela secundaria no tenía ni idea de lo que podía hacer. En mi intento de cultivar maíz, yo era un fracaso total. Me gustaba trabajar en la tienda del primo de mi padre, pero no vi como trabajando allí me prepararía para algo en el futuro. Durante mi último año de escuela secundaria, sobre las objeciones de mi padre, me inscribí para la universidad, todavía sin ninguna idea lo que haría. En la universidad pasé tres años y medio orando fervientemente que Dios me mostraría lo que podría hacer o debería hacer. Orando todos los años, coloqué mi futuro en las manos de Dios, en efecto diciendo, «Aquí estoy». Llegué a entender que Dios no responde en mi tiempo o según mis deseos, pero en su propia manera, cuando yo estaba preparado a reconocer su presencia y, ahora, lo que soy, lo soy debido a él.

Muchos de nosotros decimos, «Soy indigno». Todos nosotros somos indignos. Todos nosotros somos pecadores, y debemos venir a Dios como un pecador. Cuando lo hacemos, él no nos abandona; más bien, perdona nuestros pecados, nos limpia, y nos hace enteros. Muchos de nosotros no creemos que tengamos un talento o un don. Dios nos dice que estamos equivocados. A todos nosotros él nos hizo y sabe lo que podemos hacer; sólo necesitamos estar abiertos a él. Ruego que todos ustedes y que yo, que todos nosotros, podamos decir cada día, «Aquí estoy», y experimentemos la presencia impresionante de Dios y estaremos abiertos a su dirección.